

OSCAR LIBERMAN

CADA VEZ QUE
ME RECUERDES



Oscar Liberman

**Cada vez que
me recuerdes**

1. Bondiola

Dobla la esquina puteándose o puteando por el calor que le sube desde adentro, que le cae desde la cabeza. Ni bien cruzó los cincuenta aparecieron como explosiones. «Los calores», le dicen sus amigas. A ella no le iba a pasar, pero le pasa y la asaltan como una manada violenta en cualquier momento. Está anocheciendo y los treinta y dos grados no se la hacen fácil. Diez kilos parece pesar la bondiola que lleva en una bolsa colgando de su mano izquierda. Con la derecha sujeta la cartera que le cuelga del hombro.

Él siempre recuerda que cuando era chico su casa se incendió, descubrió el fuego y logró escapar a lo de un vecino y dar aviso a los bomberos. Que su madre venía con una bondiola en una mano y su hermanita a la rastra tomada de la otra y, al ver el autobomba y el humo en la puerta de su casa, corrió y perdió la bondiola por el camino.

«Cosas que le hagan bien y le gusten y lo conecten con sus recuerdos de niño», le dijo el médico. Y ella compra una bondiola entera, salazón artesanal. Nada de red preformada, todas las ataduras con nudos manuales. Una cerveza helada y pan de La Nueva Central con la bondiola cortada en fetas a cuchilla. Sentarse en el patio húmedo después de regar. Eso le tiene que hacer bien. Cosas buenas. Llenar la cabeza de cosas buenas. Porque una guarda en la memoria las cosas jodidas y parece que los malos palpitos son los que al final se cumplen. Así son los presagios. *Cosas buenas*, piensa, pero en su casa pasa algo.

Una multitud se amontona sobre la reja del jardín. No hay humo ni autobombas, pero algo pasa. Comienza a correr o cree que corre, pero solo apura el paso. El calor y los calores pesan y aprietan los pulmones. Mueve los brazos al ritmo de las piernas. La agitación no afloja y en el camino pierde la bondiola. Como su suegra. Al final a él también le sucede, como dicen las viejas, ellos se casan con sus madres. Llega y se abre paso a empujones mientras grita permiso. O decide pedir permiso pero solo jadea. Su mirada traza un camino como una autopista recta hacia la puerta de la reja. Los rostros de los vecinos giran a su paso. La miran con cara de culo. Alguien hace un comentario desagradable. No escucha. Le cuesta embocar la llave en la cerradura de la reja. Desde el interior, a través del jardín, llega un ruido importante. Detrás los murmullos crecen, como los calores y el

temblor en sus manos. Algo difícil de discernir. Música o cantos o vibraciones. Logra abrir la puerta de la reja y sin siquiera acercarla de nuevo al marco apura el paso. Sube los tres escalones separados un metro de distancia entre sí. Otra vez la ceremonia de la llave, ahora sobre la puerta maciza de cedro. La vibración es más intensa. Logra distinguir música. Detrás, los vecinos se envalentonan. Un par amaga con seguirla dentro del jardín. Los murmullos son gritos: que no se puede seguir así.

Abre la puerta. La luz marca un trapezoide de claridad sobre el piso. El resto en penumbras. Da el primer paso, apoya un pie donde el piso se ilumina, como si evitara caer al vacío de lo oscuro. El volumen de la música en los parlantes es tan atronador que le oprime el pecho y ya no tiene más aire. Y los calores se van tan de repente como llegaron. La sobresalta la voz de la Tana Rinaldi. *Cada vez que me recuerdes*, canta o dice, con su estilo de *parolier*. Gira y cierra la puerta con una mano. Acompaña el movimiento con la palma de la otra apoyada sobre la hoja de cedro. Un gesto tímido, lleno de vergüenza. La última imagen furtiva del jardín en la mirada silenciosa de los vecinos. Pares de ojos como escopetas de dos cañones. Avanza por la oscuridad directo al equipo de música, el ruido cada vez es más ensordecedor: *donde el cielo y el mar se pierden*, canta la Tana. Palabras como bombas caen a su paso.

Al cruzar al lado de la poltrona se vuelve a sobresaltar. No son los calores. La mano huesuda se apoya en su an-

tebrazo. Un gesto firme para detenerla. El susto la deja inmóvil. El corazón golpea a destiempo de los bajos del piano. Gira y lo ve sentado en el sillón antiguo. Enfoca la mirada. Erguido y relajado como una sombra de claridad en plena oscuridad. ¿Y ahora qué? ¿Qué sucede esta vez? Está cansada. Siente que algo en su interior le dice que no puede seguir así. Los vecinos tienen razón. Seguro esas escopetas siguen apuntando desde afuera. Dos pesos enormes se apoyan sobre sus pies. No puede despegarlos del suelo. Su cuerpo parece acatar la orden de la mano sobre su antebrazo. Gira a la izquierda y busca el botón del velador sobre la mesita contigua a la poltrona. La luz la despabila. Lo primero que ve es el blíster incompleto y el vaso de agua por la mitad. Él vuelve a erguirse un poco. Lo ve con claridad. Tiene los ojos fijos en ella, pero la mirada perdida. Sonríe. Los surcos de sus mejillas están mojados. Lágrimas caen con lentitud como el goteo de una vieja canilla. Le vuelven los calores. Que no se maltrata a alguien que llora. Que a ella no le queda consuelo. Lo mira distinto. Siempre lo ve igual. Como si tuviera veinte años, o cuarenta o cincuenta. En el amor la mirada se avejenta a la par de la imagen del cuerpo del otro. De pronto nota que él envejeció treinta años desde la mañana. Demasiado delgado, huesudo, arrugado, pálido. La mirada extraviada sostiene la sonrisa. No delata ningún otro gesto.